

»El ingenio poderoso de este razonamiento hechizó mi inteligencia que, abandonándose dócilmente a la dirección de usted, llegó, por último, a tener concepción del mundo lúcida y razonable. Vi entonces el universo tal cual es, dilatado, sin principio y sin fin la onda inagotable de sus fenómenos. El cuidado que pone usted en apoyar todas sus argumentaciones en hechos tomados de las ciencias amoldábase admirablemente en las ya lejanas enseñanzas de mi padre, y no podía menos de seducirme también por eso, por el encanto de una antigua costumbre del espíritu, renovada después de tantos años. Leía yo, y releía, y tornaba a leer las páginas de aquellos libros y las resumía, y las comentaba y me aplicaba con el ardimiento del neófito para asimilarme todo su jugo.

»El orgullo intelectual que había yo sentido agitarse dentro de mí mismo desde mi infancia exaltábase en el joven que aprendía en usted a renunciar a las utopías más consoladoras. ¡Ah!; ¿cómo expresar a usted estas calenturas de una iniciación tan semejante a un primer amor por las felicidades del entusiasmo y por sus fervores? Experimentaba yo una especie de goce físico derribando, con los libros de usted por arma de combate, todo el edificio de las creencias en las cuales me habían criado.

»Sí, era esta la felicidad varonil que cantó Lucrecio; la felicidad de las negaciones libertadoras, no la melancolía afeminada de un Jouffroy. Este himno a la ciencia, himno del cual parece una estrofa cada

de sobra sabe que también el sol tiene movimiento.  
(N. del T.)

página de las obras de usted, era escuchado por mí con verdadero encanto, con inexplicables transportes, que fueron tanto más intensos cuanto mayor era el espacio que para ejercitarse hallaba en aquellos libros mi facultad de análisis; aquella facultad que había sido, como he dicho ya, la causa principal, sino única, de mi fervor religioso, y que entonces tenía, gracias a usted, horizontes más extensos que los del confesonario.

»Los dos hermosos tratados escritos por usted me iluminaban en lo concerniente a mi universo interior al propio tiempo que la *Psicología de Dios* alumbraba para mí el universo exterior con una claridad que, aun ahora mismo, es mi último, mi enextinguible faro en la borrasca.

»¡Qué admirablemente me explicaba usted todas las incoherencias de mi juventud! Entonces comprendí aquella soledad moral que tanto me había hecho padecer al lado de mi madre, al lado del cura Martel, al lado de mis camaradas, de todos, hasta del mismo Emilio. ¿No ha demostrado usted en su *Teoría de las pasiones* que somos impotentes para salir del yo, y que toda relación entre dos seres descansa, como todo lo demás, en simples ilusiones? La *Anatomía de la voluntad* me reveló los motivos necesarios, la irresistible lógica de aquellas caídas de los sentidos, por las cuales había yo experimentado tan atroces remordimientos.

»Explicábame yo también, gracias a esos libros, cómo buscando en los novelistas y en los poetas de este siglo estados del alma o culpables o enfermos, había seguido, sin sospecharlo, mis indicaciones na-

turales de psicólogo. Usted, usted es el que ha escrito: «Todas las almas deben ser consideradas por el sabio como experimentos instituidos por la Naturaleza. Entre estos experimentos hay unos que son útiles a la sociedad, y entonces se les denomina virtudes; hay otros que son perjudiciales, y para estos tenemos los nombres de vicio o crimen. Estos últimos son, no obstante, los más significativos; faltaría un elemento esencial a la ciencia del espíritu si Nerón, por ejemplo, o tal tirano de Italia en el siglo XV no hubiesen existido.»

»Paréceme ahora que vuelvo a verme cuando en una de aquellas ardorosas tardes del estío me dirigía yo al paseo llevando en el bolsillo uno de aquellos tomos, y una vez solo en el campo, leía cualquiera de sus frases y me exaltaba meditando acerca de su sentido. ¡Cuántas veces apliqué al paisaje que me rodeaba esa interpretación filosófica de lo que han convenido en llamar el *mal*! Indudablemente las erupciones que habían formado la cordillera a cuyo pie yo paseaba, habrían devastado con su hirviente lava las llanuras vecinas, habrían destruído muchos seres vivientes...; pero también habían producido aquella hermosura del horizonte que me encantaba, cuando me ponía a contemplar el gracioso grupo de aquellas montañas majestuosas. Verdeaban a lo largo del camino florecientes euforbiáceas, cuyos tallos me entretenía yo en romper para mirar cómo goteaba el veneno, blanco lo mismo que la leche. Pero aquellas flores venenosas nutrían a la oruga verdosa de obscuras manchas y de ella había de nacer la mariposa, una *esfinge* de alas coloreadas con

los matices más delicados. Deslizábase a veces arrastrándose entre las piedras de aquellos caminos arenosos una víbora a la cual veía yo destacarse como línea gris sobre la porcelana roja, con su cabeza chata y la flexibilidad de su cuerpo manchado. El peligroso animal se me presentaba como una prueba del indiferentismo de toda la Naturaleza, la cual se cuida únicamente de multiplicar la vida, bienhechora o funesta, con la misma prodigalidad inagotable. Sentía yo entonces surgir con irresistible elocuencia de aquella lucha la enseñanza misma que brotaba de las obras de usted, es, a saber: que nada tenemos nuestro más que nosotros mismos; que el *yo* es la única realidad; que la naturaleza nos desconoce, lo mismo que los demás hombres, y que ni a ella ni a ellos hemos de pedirles otra cosa que pretextos para sentir o para pensar. Mi antigua creencia en ese Dios, padre y juez, parecíame entonces delirio de muchacho enfermo, y mi espíritu se dilataba hasta los últimos límites de aquel vasto paisaje, y hasta las profundidades infinitas del espacio vacío, pensando que yo, sér débil, había reflexionado ya lo suficiente para comprender del mundo lo que ninguno de los aldeanos a quienes veía yo pasar llegaría a comprender nunca. Aquellos campesinos descendían de la montaña conduciendo los apacibles bueyes uncidos a sus carretas, y saludaban con devoción a los curas que encontraban en el camino. ¡Con cuánto regocijo los despreciaba yo desde el fondo de mi alma por su grosera superstición... a ellos, al cura Martel y a mi madre, si bien no me decidí entonces a declarar mi ateísmo previendo las escenas que aquella declara-

ción provocaría! Pero aquellas escenas nada importantes; llevo ahora a la exposición de un drama que no tendría sentido si yo no hubiese hecho que usted penetrase previamente en la intimidad de mi pensamiento para apreciar la manera de formarse.

### »§ III.—TRANSPLANTACIÓN.

»Al concluir aquel curso en el cual acaso estudié con exceso, contraí una enfermedad gravísima que me obligó a interrumpir mi preparación para el ingreso en la Escuela Normal. Ya restablecido, repetí el curso de Filosofía y estudié una parte del curso de Retórica. Me presenté en la escuela en aquella época, que también fué cuando tuve la honra de ser recibido en casa de usted. Ya usted conoce los sucesos que a éstos siguieron. Fracasé en el examen. Carecían mis trabajos de la brillantez literaria que solamente en los colegios de París puede adquirirse. En el mes de Noviembre de 1885 acepté el ofrecimiento que se me hizo de entrar, en concepto de preceptor, en casa de los Jussat-Randon. Escribí a usted entonces que renunciaba a mi independencia para evitar a mi madre nuevos gastos. Uníase a esta razón la secreta esperanza de realizar en mi empleo economías que me permitiesen, terminada mi licenciatura, preparar mi agregación a París.

»La permanencia en esa capital era mi sueño dorado, querido maestro, ahora puedo confesárselo a usted, por la perspectiva de habitar muy cerca de la calle de Guy de la Brosse. Mi visita al retiro de usted habíame producido impresión profundísima. Había

usted aparecido a mis ojos como una especie de Spinoza moderno, completamente identificado con sus libros por la nobleza de una vida consagrada en absoluto al pensamiento. Imaginaba yo, por adelantado, una novela de felicidad, pensando que me sería posible averiguar las horas en que usted paseaba; que podría asimismo contraer la costumbre de hallar a usted en el antiguo Jardín de Plantas que se ve desde las ventanas de la casa en que usted habita; que usted accedería a dirigirme; que ayudado, sostenido por usted, llegaría yo tal vez a ser algo, a señalarme de algún modo en la ciencia; en una palabra, usted era para mí la certeza absoluta, el maestro, lo que Fausto era para Wagner en la sinfonía psicológica de Goethe. Además, las condiciones en que aquella plaza se me ofrecía eran muy aceptables. Tratábase principalmente de acompañar a un niño de doce años, el hijo segundo del marqués de Jussat.

»Posteriormente he sabido por qué circunstancias había determinado aquella familia pasar todo un invierno en un castillo próximo al lago de Aydat en el que, de ordinario, solamente habitaban durante los meses de otoño.

»Pérdidas considerables de intereses, cuya relación no importa a mi objeto, habían obligado al señor de Jussat a dar en arrendamiento, amuebladas y todo, su casa de París y su quinta de recreo de Cannas. El profesor de su hijo Luciano se despidió entonces quizá porque no le seducía la perspectiva de la vida del campo, y esta circunstancia le hizo pensar en la conveniencia de buscar otro.

»Hállabase entonces en Clermont, donde treinta y

cinco años antes había estudiado matemáticas en la clase del señor Limasset, el antiguo profesor íntimo amigo de mi padre. El señor de Jussat pensó en hacer a su maestro de antaño el encargo de proporcionarle un joven instruído, inteligente, capaz de repasar a Luciano en sus estudios durante aquel año. Por esto ofrecía seis mil francos. El señor Limasset pensó naturalmente en mí, y yo, por las razones que he manifestado, consentí en ser presentado al marqués como candidato a dicha plaza.

»En el salón de una de las fondas que dan a la plaza de Jaude vi a un señor muy alto y muy calvo, do ojos grises claros y cara llena de manchas rojizas, y que ni se tomó el trabajo de mirarme. Habló inmediatamente y sin cesar, mezclando pormenores sobre su salud—era enfermo de aprensión—con las críticas más amargas contra la educación moderna. Aun me parece oírle diciendo, sin orden ni concierto, frases que revelaban todos los distintos aspectos de su carácter.

»—Veamos, mi pobre Limasset, ¿cuándo irá usted a visitarnos allá? Reinan allí unos aires excelentes. Eso es lo que yo necesito. En París no respiraba yo bastante. Nunca se respira bastante. Espero, joven—decía después dirigiéndose a mí—, que no será usted partidario de los métodos modernos de enseñanza. ¡La ciencia, siempre la ciencia! ¿Y de Dios, señores sabios, qué hacen ustedes?

»Después, tornando a dirigirse al señor Limasset, continuaba:

»—En mis tiempos, en nuestros tiempos, puedo decir, existía aún el sentimiento de las jerarquías y

de los deberes. No se despreciaba, como ahora, la educación por la instrucción. ¿Se acuerda usted de lo bien que hablaba nuestro limosnero, el abate Habert? ¡Qué salud aquella! ¡Cómo andaba en todo tiempo a pie firme y sin cansarse! Y usted Limasset, ¿qué edad tiene...? ¿Sesenta y cinco años...? ¡Sesenta y cinco años! ¡Y sin un dolor, sin uno solo...! Yo estoy mejorado desde que vivo en la montaña, ¿no es cierto? Nunca estoy enfermo del todo, eso no; pero siempre tengo alguna cosilla que me molesta. Mire usted, preferiría yo estar enfermo de verdad. Al menos me cuidaría.

»Si reproduzco ahora estos discursos incoherentes tales cuales los recuerdo, querido maestro, es primeramente para demostrar lo que vale la inteligencia de ese hombre que, según he sabido por mi madre, se ha permitido mezclar en mi proceso el respetable nombre de usted; y además, para que usted comprenda la disposición de ánimo en que yo llegaría, cuatro días después de esta conversación, a ese castillo, en el cual he chocado con tan terribles acontecimientos. El marqués me había aceptado desde la primera visita y se había ofrecido a llevarme en su landó. En el trayecto desde Clermont hasta Aydat se entretuvo el buen señor en darme noticias de toda su familia.

»Me explicó sucesivamente, con su charla interminable, interrumpida siempre con referencia a su persona, que su mujer y su hija gustaban poco de la sociedad y que eran excelentes mujeres de su casa; que su hijo mayor, el conde Andrés, se hallaba en el castillo temporalmente, sólo por quince días, y que

no me enojase yo por su aspereza, porque debajo de esa aspereza tenía un corazón buenísimo; que su segundo hijo, Luciano, había estado muy enfermo, y que lo más importante de todo era devolverle su salud.

»Después, con motivo de haber soltado la palabra salud, charló, charló y continuó charlando, y en pos de cuatro horas largas de confidencias sobre sus jaquecas, sus digestiones, sus insomnios, sus dolencias pasadas, presentes y futuras; fatigado indudablemente por aquel flujo de palabras y halagado por el vientecillo fresco de la mañana, quedóse profundamente dormido en un rincón del carruaje.

»Lo que yo había visto ya del marqués, a quien tuve en muy poco desde el primer momento; lo que sus fastidiosos discursos me hicieron comprender de su casa y de su familia, todo, en fin, habría sido bastante si con anticipación no hubiese estado yo convencido de ello, pero convencido que se me dirigía a un destierro entre los bárbaros. Daba yo este nombre de bárbaros, hacía ya muchos años, a las personas a quienes consideraba irremediabilmente ajenas a la vida intelectual.

»La perspectiva de este destierro no me asustaba. ¡Veía yo tan clara y tan precisa en mi entendimiento la doctrina a la que había de ajustar mi conducta! Estaba resuelto a no vivir más que en mi *yo* y para mi *yo*, y a defender este yo contra toda intrusión externa. Aquel castillo, al que me encaminaba, y sus habitantes, serían para mí solamente materia explotable en pro de mi pensamiento. Mi programa estaba ya fijado; en los doce o catorce meses que había de

permanecer allí, dedicaría mis horas de descanso a estudiar el alemán, a extractar los dos tomos de fisiología de Beaunis, que saltaban en mi maleta en la trasera del carruaje; con la obras de usted, mi querido maestro, con mi *Ética*, con muchos tomos de M. Ribot, de M. Taine, de Herbert Spencer, algunas novelas analíticas y los libros necesarios para la preparación de mi licenciatura.

»Había yo decidido sufrir este examen en el mes de Julio. Un cuaderno en blanco esperaba las notas que me proponía yo escribir sobre los caracteres de los amos del castillo. Habíame yo prometido a mí mismo desmontarle rueda por rueda, y para esto había adquirido, antes de salir de Clermont, un libro que podía ser cerrado con llave, y sobre cuya portada había yo estampado esta frase de la *Anatomía de la voluntad*: «Spinosa se jactaba de estudiar los sentimientos humanos como el matemático estudia sus figuras de geometría; el psicólogo moderno debe estudiarlas como combinaciones químicas elaboradas en una retorta, deplorando que esa retorta no sea tan transparente y tan manejada como las retortas que se usan en los laboratorios.» Refiero esta puerilidad para demostrar a usted el grado de mi íntima sinceridad, y cuán lejos estaba yo de parecerme, mientras el landó rodaba por la carretera de Aydat, al joven pobre y ambicioso que han pintado tantos novelistas.

»Con mi afición habitual a *duplicarme*, recuerdo que en aquella hora me convencí, no sin cierto orgullo, de que era real y positiva esa diferencia. Recordaba yo a Julián Sorel, de *Rojo y negro*, llegando en

casa del señor de Renal; recordaba las tentaciones de Rubempre en Balzac, ante la casa de la Bargetón; recordaba, en fin, algunas páginas de *Vingtras*, de Vallés. Analicé la sensación que se oculta bajo las concupiscencias y las rebeliones de aquellos distintos personajes. Encontré siempre el asombro, la admiración producida por el paso de un mundo a otro; en mí mismo no hallé ni señales de esa admiración ávida o rencorosa. Veía dormir al marqués, envuelto, para resguardarse del frío de aquella tarde de Noviembre, en un abrigo, cuyo cuello levantado le ocultaba a medias el rostro. Cubría sus piernas una manta de lana fuerte y oscura. Buenos guantes de piel grises y bordados de negro protegían sus manos, con que el marqués, durmiendo y todo, sostenía la manta. Su sombrero de fieltro, fino como seda, estaba echado sobre los ojos. Bastaban estos pormenores para revelar una existencia muy diferente de la nuestra, de la pobre y mezquina economía de nuestro hogar, que solamente la meticulosa limpieza y los cuidados asiduos de mi madre salvaban de la miseria. Regocijábame al advertir que aquello no me causaba envidia ni me producía encogimiento. Era yo dueño de mí mismo por completo; seguro de mí y acorazado contra toda sugestión vulgar por mi doctrina, la doctrina de usted, y por la soberanía de mis ideas.

»Quedará completo el retrato de mi alma en aquellos instantes diciendo a usted que había yo resuelto y me había prometido a mí mismo borrar el amor del programa de mi vida. Había yo tenido, después de mi primera aventura con Mariana, otro amorío

del cual nada he dicho a usted, con la esposa de un profesor del Instituto, tan completamente tonta y al propio tiempo tan presumida, que me separé de ella más firme que nunca en mi desprecio hacia la inteligencia de la *dama*, según decía yo copiando a Schopenhauer, y más firme también en mi repugnancia primera por la sensualidad.

»Atribuyo a las arraigadas influencias de la disciplina católica esta repulsión ante la carne que ha sobrevivido en mí a los dogmas del espiritualismo. Sabía yo perfectamente, por una experiencia demasiado repetida, que esta repulsión no era bastante para evitar mis recaídas en el deseo sensual; pero sabía también que aquellos deseos nacían en mí, en tiempo de Mariana, por ejemplo, por la seguridad que tenía de satisfacerlos, y contaba yo con la soledad del castillo para verme libre de toda tentación y practicar rigurosamente la gran máxima del sabio de la antigüedad: *Encerrar todo el sexo en el cerebro*. ¡Ah! Tan fuerte y tan poderosa ha sido en mí esta idolatría del cerebro, de mi *yo* presente, que pensé con formalidad en estudiar las reglas monásticas para aplicarlas a la cultura de mi pensamiento.

»Sí, determiné consagrar todos los días algunas horas a mis meditaciones, como hacen los frailes, sobre algunos artículos de mi credo religioso; resolví celebrar cada día la fiesta de uno de mis santos predilectos: Spinoza, Hobbes, Stendhal, Stuart Mill y usted, mi querido maestro, evocando la imagen y las doctrinas del iniciador así elegido e impregnándome en su ejemplo. Comprendo que todo esto era demasiado candoroso y pueril quizá; pero de todas suer-

tes, ya ve usted que no era yo el plebeyo intrigante que sueña con un buen matrimonio, como quiere suponer esa familia que ahora me insulta y me desacredita, y si es cierto que la idea de seducir a la señorita de Jussat penetró en mi espíritu, fué implantada, inspirada, digámoslo así, por las circunstancias.

»No escribo a usted para presentarme desde un punto de vista novelesco, y no hallo razón para ocultar que entre esas circunstancias que habían de impulsarme hacia esa empresa de seducción, tan lejos de mis sentimientos al llegar al castillo, fué la principal, o la primera, cuando menos, la impresión que me produjo el conde Andrés, el hermano de esa desdichada, hoy muerta, cuyo recuerdo, ahora que me aproximo al drama, renace en mi ánimo para atormentarme. Pero vuelvo a mi llegada al castillo...

»Son muy cerca de las cinco de la tarde. El landó anda más de prisa. El marqués acaba de despertarse. Pronto penetramos en la calle de árboles que conduce al castillo, y no tardamos muchos minutos en entrar en el vestíbulo. Después me introdujeron en el salón.

»¡Qué tranquilo, qué apacible me pareció aquel salón, iluminado suavemente por lámparas de amplias pantallas y por el fuego que ardía alegremente en la chimenea! La familia hallábase formando grupos; en uno, la marquesa de Jussat y su hija hacían trabajos de *crochet* para los pobres; mi futuro discípulo, de pie, delante del piano y absorto, miraba un libro de estampas; el aya de la señorita Carlota y una religiosa permanecían sentadas y cosiendo. El conde

Andrés leía un periódico, y en el momento de entrar nosotros lo dejó.

»Sí; ¡qué apacible y qué sereno aspecto el de aquel salón! ¿Quién me habría dicho que mi entrada allí señalaba el fin de esa paz para las personas que ahora se dibujan en el campo de mis recuerdos, con tanta claridad, como si viese sus retratos? Vi, desde luego, el rostro de la marquesa, una mujer alta, robusta, de rasgos un poco toscos, muy diferentes del aspecto que mi imaginación ignorante había creído hallar en una dama aristocrática.

»La marquesa era, efectivamente, el modelo de la mujer de su casa con una educación excelente; sólo me dirigió algunas palabras para celebrar el buen tiempo que habíamos tenido en nuestro viaje, y me dejó en libertad. Vi el perfil algo desvanecido de la señorita Elisa Largeyx, y en aquel rostro débil la constante sonrisa de aprobación de aquel tipo inocente del servilismo, feliz en la vida sosegada y tranquila del bienestar material. Vi a la hermana Anacleta con sus ojos de aldeana y su boca pequeñísima. Esta religiosa habitaba de asiento en el castillo, en calidad de enfermera del marqués, preocupado siempre con el temor de un ataque posible. Vi a Luciano con sus mejillas abultadas de muchacho holgazán. Vi también a la que ya no existe, y su delicado cuerpo envuelto en una bata elegante, y sus ojos grises tan dulces en su claridad, y su cabellera castaña, y el corte ovalado de su rostro y el ademán con que nos ofrecía a su padre y a mí una taza de té para combatir el frío del viaje.

»La familia había comenzado a hablar del tiempo,

y de pronto el conde Andrés, volviéndose hacia mí, me preguntó:

»—¿Es usted cazador?

»—No, señor—respondí.

»—¿Monta usted a caballo?

»—Tampoco.

»—Le compadezco a usted; después del placer de la guerra, cazar y montar a caballo son los dos principales placeres que conozco.

»Esto nada significa, lo comprendo; comprendo también que este trozo de diálogo no explicará a usted por qué estas sencillas frases bastaron para que mirase yo desde aquel instante a Andrés de Jussat como un sér completamente aparte de cuantos yo había conocido hasta entonces; porque desde que subí a mi habitación, donde un criado comenzó a deshacer mi maleta, pensé en el conde más que en su delicada y graciosa hermana; ni por qué en la mesa, mientras comíamos, y después durante toda la noche, sólo pensé en observarle a él. Mi admiración ingenua en presencia de aquel joven orgulloso y varonil procedía, no obstante, de un hecho muy sencillo: yo había crecido hasta entonces en un medio puramente cerebral, en el que las únicas formas estimadas de la vida eran las intelectuales. Había tenido por compañeros los alumnos más aplicados de mi clase, todos débiles y enfermizos como yo mismo lo estaba, sin dignarme nunca conceder atención alguna a los otros, a los que sobresalían en los ejercicios corporales y que, por otra parte, no encontraban en esos ejercicios otra cosa que un pretexto para hacer brutalidades. Todos los profesores de mi predilec-

ción y algunos amigos de mi padre eran asimismo *cerebros*. Cuando yo, en mis lecturas, me había figurado cómo eran los personajes de las novelas, había ideado siempre mecánicas mentales, más o menos complicadas, pero jamás pensé en las condiciones físicas de aquellos héroes. En una palabra, si había yo pensado alguna vez en la superioridad que representa la bella y sólida energía animal del hombre, había sido de una manera abstracta; pero, en realidad, nunca la sentí. El conde Andrés, a la edad de treinta años, presentaba un ejemplar admirable de esa superioridad. Figúrese usted un hombre de mediana estatura, pero desarrollado como un atleta, de espaldas anchas y miembros delgados, de gesto y movimientos que revelaban a la vez flexibilidad y fuerza, con movimientos y con gestos en los cuales se veían claramente distribuidos el vigor y la vida con esa perfección que produce la agilidad conveniente y precisa, las manos y los pies nerviosos, bastantes por sí para denunciar la raza aristocrática, y además de esto el rostro marcial, uno de esos rostros curtidos detrás de los cuales circula sangre rica en hierro y glóbulos rojos, con ancha frente encajada en un casco de cabellos negros, un bigote del mismo color que los cabellos sobre labios cerrados y firmes, ojos oscuros y nariz algo encorvada, que da el perfil ese vago carácter de ave de rapiña. En fin, una barba atrevidamente delineada acaba esta fisonomía, prestándola un aire de invencible voluntad. Y la voluntad es toda la persona, la acción hecha hombre. Parece que no hay en este militar, dispuesto para todos los ejercicios corporales, apercebido para to

das las osadías, ninguna solución de continuidad entre el pensar y el obrar, y que todo su sér se halla siempre en sus gestos más insignificantes. Le he visto, después de aquella noche, montar a caballo como si se propusiera realizar le antigua fábula del Centauro; poner, a treinta pasos de distancia, diez balas de pistola sucesivamente en una carta de una baraja; saltar en el paseo, y sólo por divertirse, zanjas y fosos con agilidad que habría envidiado un gimnasta de profesión; lo mismo que otras veces, y sólo por distraer a su hermano, saltaba una mesa apoyando en ella las manos solamente. He sabido también que cuando tenía apenas dieciséis años se enganchó como voluntario durante la guerra prusiana, e hizo toda la campaña del Loira, sobrellevando admirablemente todas las fatigas y animando a los veteranos. Me bastó estudiarle en la comida aquella primera noche para sentir la impresión de que me hallaba delante de un hombre muy distinto de mí, pero completo y acabado en su especie. Me parece, cuando escribo estas líneas, que la escena sucedió ayer y que estoy allí, mientras el marqués da principio a una partida de cartas con su hija, hablando con la marquesa y mirando con disimulo al conde Andrés, que juega solo al billar. Véale yo, a través de la mampara abierta, ágil y robusto, con su ligero traje de noche, impulsando las bolas con una precisión tan perfecta como elegante; tenía en su boca un cigarro, y yo, el discípulo de usted, yo tan orgulloso con la amplitud de mi pensamiento, seguía, embobado, los menores gestos de aquel joven, dedicado a ejercicio tan vulgar, con una especie de admiración envidiosa

que un sabio monje de la Edad Media, poco apto para ejercicios musculares, habría experimentado ante un caballero disponiéndose a partir, metido en su armadura.

»Cuando escribo la palabra envidia, suplico a usted que me comprenda bien, y no me atribuya una bajeza de que no soy capaz ni lo he sido nunca. Ni en aquella noche, ni en los días que la sucedieron, he experimentado celos del nombre del conde Andrés, ni de su fortuna, ni de varias ventajas sociales que él poseía y de las cuales carezco. Tampoco he sentido ese extraño aborrecimiento del *macho* al *macho*, tan perspicazmente analizado por usted en sus páginas sobre el amor. Mi pobre madre había tenido muchas veces la debilidad de decirme, siendo yo niño, que era un guapo chico. Mariana y mi segunda querida, me lo habían repetido. Sin ser un fatuo, comprendía yo que nada había para disgustar en mi rostro, ni en mi modo de ser. Y digo a usted esto, no por orgullo, sino para demostrar a usted que la vanidad para nada entró en la especie de rivalidad repentina que me convirtió, desde aquellas primeras horas, en adversario, casi en enemigo del conde Andrés, sin que, de seguro, él lo sospechara un solo momento. Lo repito, en esta rivalidad había tanto de admiración como de antipatía. Reflexionando sobre esto, he hallado en este sentimiento, que procuro explicar a usted, la huella probable de un atavismo inconsciente. Tiempo después tuve ocasión de preguntar al señor de Jussat, cuyo orgullo lisonjeaba mi consulta, acerca de la genealogía de los Jussat-Randon, y creo saber que ellos son de la raza conquistadora, en